ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

# EL CHICO

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIANO BARRANCO

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1890

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
**Biblioteca Nacional**

Procedencia
T. BORRÄS

N.º de la procedencia

# EL CHICO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# EL CHICO

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIANO BARRANCO

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 28 de Enero de 1890

MADRID
R. VELASCO, IMP., RUBIO, 20

1890

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| MICAELA | Sra. Valverde. |
| PEPA | Domínguez. |
| PAQUITO | Srta. Rodríguez. |
| DON FRANCISCO | Sr. Rubio. |
| LUISITO | Ramírez. |
| TORIBIO | Tojedo. |

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda la del actor.

# ACTO ÚNICO

Sala bien puesta, pero sin lujo; muebles y adornos algo antiguos; una mesa-camilla en primer término, frente al público; dos butacas y dos sillas volantes; una consola antigua, al foro izquierda, y encima de ésta un tocador con espejo pequeño; sofá al foro derecha; varios cuadros, etc.—Puertas en primero y segundo término derecha.—En primer término izquierda puerta y en segundo balcón.—Un quinqué encendido.

## ESCENA PRIMERA

DON FRANCISCO, MICAELA y PAQUITO. Doña Micaela y Paquito sentados junto á la camilla. La primera hace calceta y el segundo tiene delante un libro en el que se supone que lée. El traje de éste es el de un niño de doce á dieciseis años; calzón corto, cuello á la marinera, etc. Don Francisco, algo separado, hace cigarrillos de papel. Al levantarse el telón hay una pausa. Es de noche

FRAN. Pero, ¿qué es eso, niño? ¿No continuas tu lectura?

PAQ. Sí, señor. (Bostezando.) Pero... me... estoy cayendo de sueño... (Bostezando.)

FRAN. ¿Eh? ¡Bonito está eso! ¡Muy bonito! ¡Yo no he visto nada como los jóvenes de hoy día! (Doña Micaela da una cabezada.)

PAQ. (Bostezando.) ¿Por qué?

FRAN. ¿Otra vez? Yo no me hubiera atrevido en mis tiempos á bostezar delante de mis mayores.

PAQ. Porque no tendría usted gana, que si nó...

722259

FRAN. Cállese usted, insolente, cállese usted y no... (A Micaela.) Pero, ¿tú oyes esto? ¿Tú lo oyes, Micaela?

MIC. (Medio dormida.) ¿Qué? ¡Ah! Sí; tu abuelo tiene mucha razón, mucha... a... a... (Bostezando.)

FRAN. ¡Por vida del as de oros! Cuando precisamente estoy yo reprendiendo al chico por sus bostezos, le das tú ejemplo de...

MIC. ¿Yo?...

PAQ. Si es que cuando se tiene sueño de veras...

MIC. No, señor; tu abuelo tiene mucha razón. Y los niños no deben abrir la boca más que para... comer y para... contestar cuando les pregunten.

PAQ. Y el resto cerrada para que no entren moscas.

MIC. Eso es.

FRAN. ¡Habrá insolentillo semejante!

PAQ. Pero si dice que no...

FRAN. Cállese usted, sabandija.

PAQ. ¡Bonito mote!

MIC. ¡Niño!... (Reprendiéndole.)

FRAN. ¡Por vida del seis de copas!

MIC. Vamos, tengamos la fiesta en paz... y continua tu lectura.

PAQ. Pero, abuelita, si es que por más que me esfuerzo se me cierran los ojos sin querer, y...

MIC. No importa. Veamos en qué acaba la vida de ese santo, y luego te vas á la cama.

PAQ. ¿En qué va á acabar la vida? En que se muere, como todos.

FRAN. Déjale, déjale y que se vaya con dos mil diablos.

MIC. Hombre, no digas eso.

FRAN. A fe que, si en vez de la vida de un santo tuviera delante una novela de las de hoy día, ya abriría los ojos el muy gatera.

MIC. (¡Pobre criatura!)

PAQ. Como ustedes no me han dejado leer ninguna, no lo sé; pero, puede que me divirtiera.

MIC. ¡Paquito! (Reprendiéndole debilmente.)

FRAN. ¡Ya lo estás oyendo! ¡Ya lo estás oyendo! ¡Estas son las teorías modernas! En otros

tiempos, sólo con lo que ha dicho ese tunante, habría motivo suficiente para ser condenado á recibir un centenar de azotes en la plaza pública.

PAQ. ¿Sólo por eso?

FRAN. Solo por eso. Y aquellos sí que eran tiempos.

PAQ. Serian á esos los que llama la historia el tiempo de los bárbaros.

FRAN. ¡Jesús! ¡Jesús! Pero, ¿tú oyes?

MIC. (Riendo.) ¡Qué chico este!

FRAN. ¡Eso! ¡Ríele tú la gracia! No le falta á él otra cosa más que tu risita.

MIC. Pero, hombre, si...

FRAN. Mañana mismo voy á ir á ver al director de su colegio, y que lo deje tres días sin principio ni postre.

PAQ. Ese castigo es el que le gusta á él, porque así se ahorra la mitad del gasto.

MIC. ¿Sí? Pues yo no lo consiento, porque ese es el modo de perder el estómago y de contraer mil enfermedades.

FRAN. Pero, ¿haces tú caso de lo que dice este trapalonzuelo? Estoy seguro que come en el colegio á dos carrillos, lo mismo que en casa.

MIC. Gracias á Dios, tiene buen apetito.

FRAN. ¡Ya lo creo! Vaya; cierre usted ese libro y váyase usted á la cama, que es el sitio de los holgazanes y de los...

MIC. Es temprano todavía.

FRAN. No importa. Que se vaya á alimentar su pereza y su gandulería.

MIC. (¡Qué caracter!)

FRAN. Vamos; dale una luz, y obedezca usted.

PAQ. Bien, abuelito; si yo no me opongo.

FRAN. ¡Ya lo creo que no se opone! ¡Pues no faltaba más sino que!...

MIC. (¡Pobre criatura!) Vamos; da las buenas noches. (Enciende una palmatoria con vela que habrá encima de la consola y se la da á Paquito; le indica que bese á su abuelo.)

PAQ. Muy buenas noches, abuelito; hasta mañana si Dios quiere. Que usted descanse. (Queriendo darle un beso.)

FRAN. (Rechazándole.) ¡Puf! Quite usted de ahí. Usted no es digno de besar á su abuelo. Ya veremos mañana si Dios quiere.

PAQ. Pues ¿qué he hecho yo para?...

FRAN. No replique usted.

MIC. (¡Jesús! ¡Qué hombre!)

PAQ. Buenas noches, abuelita.

MIC. Adiós, hijo de mi corazón, sol bendito, encanto de mi vida y de... (Dándole muchos besos.)

FRAN. (Por los extremos de Micaela,) ¡Uf!

MIC. Que te tapes bien, ¿eh? Y si no tienes bastante abrigo que llames á la Pepa... y que te saque una manta de las gordas.

PAQ. Sí; ya la llamo cuando tengo frío.

FRAN. (Así lo malcría la muy tonta.)

MIC. Y que no te eches del lado del corazón, que puedes soñar cosas malas, ¿eh?

PAQ. No, señora; me echo siempre del lado del hígado, como usted me tiene dicho. (Medio mutis.)

MIC. Adiós, hijito. (Viendo que no le llama Francisco y haciéndole señas.) Pero, hombre...

FRAN. (Como violentándose.) ¡Por vida! ¡Chist! Caballerito...

PAQ. ¿Me llamaba usted á mí?

FRAN. A usted, sí, señor; venga usted acá.

PAQ. (Volviendo.) (¿A que no me dejan en toda la noche?)

FRAN. Ya sé que no volverá usted á contestar ni á... Y puedes darme un beso. (Le da un beso en la mano.)

PAQ. Muchas gracias, abuelito.

MIC. ¡Qué chico! Anda, hijo mío, anda, y Dios te conceda un sueño feliz y tranquilo.

PAQ. Y á ustedes conmigo.

FRAN. Amén.

MIC. Amén. Anda, anda, hijito. (Vase Paquito por la segunda derecha.)

## ESCENA II

DON FRÁNCISCO y MICAELA

FRAN. (Después de una pausa.) Hay que ser severo y rígido con la juventud.

MIC. (Riendo.) ¡Já, já, já!

FRAN. ¿De qué te ríes... tonta?

MIC. De tí, bobo.

FRAN. ¡Hombre! ¡Me gusta la franqueza!

MIC. Tú crees que con poner la cara ferocho y dar cuatro gritos ya está todo arreglado... y al fin y á la postre... eres tan calzonazos como todos los abuelos.

FRAN. No es verdad. Porque si alguna vez cedo y me hablando, es por tí.

MIC. ¿Por mí?...

FRAN. Sí, señor, por tí; y por no oirte continuamente si soy tirano ó dejo de serlo. Como si tú quisieras al chico más que yo.

MIC. ¡Quién sabe!

FRAN. ¡Por vida del seis de oros!

MIC. Pero, hombre, si el chico fuera de mala índole, se comprende tu severidad; pero si, gracias á Dios, es una pasta flora.

FRAN. Porque lo estoy educando yo como á mí me educaron mis padres: á la antigua española.

MIC. En todos tiempos hubo de todo.

FRAN. ¿Sí? Pues á ver si en los de hoy día hay algún joven que á los diez y seis años cumplidos...

MIC. Y tan cumplidos.

FRAN. Se meta en la cama á las ocho de la noche, muerto de sueño.

MIC. No habrá otro; seguro.

FRAN. Pues en mis tiempos, todos éramos así, todos.

MIC. Hombre, recuerda que te casaste conmigo á los diez y siete años, y desde los catorce entrabas en casa con permiso de mi padre.

FRAN. Eso demuestra lo inocente que era yo á esa edad, puesto que me casé.

MIC. Muchas gracias.

FRAN. No lo digo con segunda; pero era yo un completo lilaina. Recuerda si no de qué hablábamos nosotros, cuando yo iba á verte por las tardes acompañado del criado, que se quedaba esperando, en la antesala, por supuesto.

MIC. ¡Pobre tío Pedro; y qué plantones le tenemos dados!

FRAN. Bueno; ¿pues, de qué hablábamos durante esas horas?

MIC. ¡Bah! Cómo voy yo á acordarme después de tantísimos años ... de qué hablábamos.

FRAN. Pues, yo me acuerdo. Y jamás me atreví á tocarte ni un dedo de la mano... ni uno.

MIC. ¡Qué bobo! (Riendo.)

FRAN. Sí que lo fuí. ¡Vaya si lo fuí!

MIC. No digo eso; digo que lo eres ahora. (Seria.)

FRAN. Y eso que tu padre nos dejaba solos con mucha frecuencia.

MIC. Porque conocía á su hija.

FRAN. Y á su yerno. Y eso es lo que me ofende: que tu padre me conociera en la cara lo lila que era yo entonces.

MIC. ¡Qué cosas tienes!

FRAN. En fin; lo que yo sostengo es que entre aquella juventud y la de hoy día, hay un abismo. Y tiene la culpa eso que dan en llamar progreso y civilización.

MIC. Es verdad.

FRAN. Ni tú ni yo sabíamos más que leer y escribir regularmente cuando nos casamos; y juntos aprendimos después la gramática castellana.

MIC. Con el pobre padre Anselmo.

FRAN. Pues, anda, anda; y ve los chicos de hoy. Desde los brazos de la nodriza pueden exáminarse de *gramática parda* y obtener la nota de sobresalientes. ¡Qué tiempos!

MIC. En fin; hablemos de otra cosa. ¿Sabes que nuestros nuevos vecinos, los marqueses que nos han tomado el principal, nos han pasado tarjeta?

FRAN. ¿Y qué tal gente son?

MIC. A eso voy. Dice el padre Ambrosio, que ha

sido el confesor de la marquesa, que son personas excelentes y cristianos antiguos y verdaderos.

FRAN. ¿Sí, eh?

MIC. Y muy ricos. No saben lo que tienen.

FRAN. ¡Caramba! Pues, ahora recuerdo que cuando el marqués estuvo á firmar el contrato de la casa, me dijo que no tenía más que una hija de quince años.

MIC. Sí; muy guapa y única heredera.

FRAN. ¡Ahí es nada! Tenemos que ir á visitarlos cuanto antes.

MIC. ¡Já! ¡já! ¡já! No eres tú solo el que ha pensado en ello.

FRAN. ¿En qué? Ya estás tú figurándote que le busco novia al chico.

MIC. Es que á mí se me ha ocurrido lo mismo.

FRAN. ¿Sí? Pero todavía es joven; y ha de correrla antes de casarse y de...

MIC. ¡Pobre criatura!... ¿Y por qué ha de correrla ni antes ni después?

FRAN. Porque así lo... hacen todos.

MIC. Pues, tú no la corriste antes; y sin embargo...

FRAN. Yo soy una... excepción. (¡Pobre Micaela!)

MIC. Pues mira: esta noche que no tenemos sueño, podíamos bajar á hacer la visita á los marqueses.

FRAN. Pero, de noche, no teniendo confianza...

MIC. Si dicen que son gentes muy llanas; y además que entre vecinos y futuros... parientes...

FRAN. ¡Já! ¡já! ¡Qué viejecita ésta tan salada! (Haciéndola fiestas.)

MIC. ¡Zalamerillo!

FRAN. La verdad es que conque el chico sea tan feliz como lo somos nosotros, ya nos podemos dar por satisfechos.

MIC. Porque creo que tú no me has engañado nunca, ¡que si me hubieras engañado!... (Amenazándole.)

FRAN. ¡Oh! ¿Quién piensa en?... Vamos, si hemos de bajar á ver á los marqueses, porque es tarde.

MIC. Sí; voy antes á ver si el chico duerme tranquilo.

FRAN. Tócale la frente á ver si tiene exceso de calor.

MIC. Todas las noches lo hago, hombre. Figúrate tú si iba yo á acostarme sin...

FRAN. Ya lo supongo; pero...

MIC. Naturalmente. (Vase por la segunda derecha.)

## ESCENA III

DON FRANCISCO, después MICAELA por la segunda derecha con manto y mantilla, y al poco rato saldrá PEPA por el foro izquierda con la capa y sombrero de copa de D. Francisco.

FRAN. La verdad es que si son esos marqueses tan ricos como dicen, no sería mala boda para el chico. El también será rico; y... sí; lo casaremos y tiempo tiene después de correrla. Lo mismo hice yo y jamás Micaela ha sospechado lo más mínimo. Es verdad que aquello fué en Valencia, las temporadas que pasé solo cuando la cuestión del pleito. ¡Pobre Luisa! ¡Qué mal me porté con ella y con su hijo! Hijo que todos creían que era mío; pero yo la conocí viuda de dos maridos, y... ¡Oh, Micaela! (Viéndola salir.)

MIC. Ea, ponte la capa y el sombrero, y en marcha. (Cogiendo la capa y sombrero que entra Pepa por el foro izquierda.)

FRAN. Pero, hija, para bajar unos cuantos escalones no hay necesidad de abrigarse tanto.

MIC. Sí tal; la escalera está fría y un constipado se coge cuando menos se piensa. (Poniéndole la capa y el sombrero.)

FRAN. Vengan, pues. ¿Duerme el chico?

MIC. Como un bendito, y sin calor ninguno.

FRAN. En buen hora lo digas.

MIC. Le he querido pulsar; pero está tan tapado y tiene las sábanas tan sujetas, que por no despertarle...

FRAN. ¡Bah! No teniendo calor, no hay cuidado ninguno. (A Pepa.) Si ocurre algo, avisadnos, ¿eh?

PEPA Vayan los señores tranquilos.

MIC. Y cuidado con las luces.

PEPA No hay cuidado, señora.

FRAN. Como no tiene uno costumbre de salir de noche...

PEPA Quedando yo, no hay cuidado, señor. (Se van todos por el foro derecha.)

## ESCENA IV

Queda la escena sola un momento, y á poco se ve aparecer á PAQUITO muy puesto de sombrero de copa alta, bastón, un gabancito, un cigarro puro y con cerillas, etc.

PAQ. Se acostaron, por lo visto. ¡Bravísimo! Estoy hecho un caballerete completo. ¡Pero qué empeño la abuela en tirar de las sábanas! Si yo no las sujeto tan fuerte, me vé así vestido dentro de la cama y ¡buena se hubiera armado! Por supuesto que sin motivo, porque esta es la ropa que me va bien á mi edad, y no el traje de niño que se empeñan los abuelos que lleve todavía. La chistera es la que se me figura que me está un poco grande. Lo consultaré con Luis cuando venga, porque esto puede que sea para dar más representación y más... El profesor de matemáticas del colegio la lleva hasta las orejas, y dicen que es un hombre muy valiente y de muchísimo partido con las mujeres. Conque puede que sea por eso. Ahora sí que no dirá la Pilar que soy un chiquilicuatro, como ella me llama. En cuanto me presente á ella y tome esta postura y la diga: «estoy á los piés de usted, señorita,» (Haciendo una cortesía exagerada.) se queda bizca de gusto. Es decir; bizca, no, porque ya lo es la pobre; pero se queda tuerta, de seguro. No; no dirá que extraña la ropa. ¡Hola! La Pepa. (Viéndola entrar.)

## ESCENA V

PAQUITO y PEPA, por el foro derecha

PEPA — Ea; ya... (Viendo á Paquito.) ¿Eh? ¿Quién es?

PAQ. — Estoy á los pies de usted, señora. (Saludando cómicamente.)

PEPA — (Pasmada.) ¡Jesús, María y José! Pero, ¿es usted?

PAQ. — ¿Y la familia? Yo no tengo novedad particular.

PEPA. — Pero, ¿de dónde demonio ha sacado usted esa ropa?

PAQ. — ¿Te extraña, eh? Mi amigo Luis me la ha prestado. Y que no me está mal. ¿verdad?

PEPA — Vamos; si no lo viera...

PAQ. — Ya podían los abuelos comprarme uno así, ¿no te parece?

PEPA — Lo que á mí me parece es que se quite usted todo eso y se vuelva á la cama, que si llegan á enterarse los señores...

PAQ. — ¡Anda! Ya estarán durmiendo á pierna suelta.

PEPA — No, señor; que han salido y van á volver en seguida.

PAQ. — ¡Han salido! ¡Mecachis! ¿Y á que se han encontrado con Luis y no le dejan subir?

PEPA — ¿Qué Luis es ese?

PAQ. — El que me ha dejado la ropa; un chico de mi colegio, que es el que va á venir por mí para que nos vayamos á un baile que da otro chico de mi colegio...

PEPA — ¡Digo!... ¡qué colegio ese!

PAQ. — Es decir, su padre; que abre esta noche una tienda de pastillas de chocolate.

PEPA — Sí, ¿eh? A la cama es donde se va usted á ir, inmediatamente.

PAQ. — Porque tú lo digas me voy yo á ir á la cama; enseguidita.

PEPA — Señorito Paco, ¡que se lo cuento á los señores!...

PAQ. — A mi edad se van los hombres al café, y al

teatro, ¡y á ver á sus novias!... pero no se van á la cama hasta las tres ó las cuatro de la mañana.

PEPA ¡Pero usted no es hombre!

PAQ. ¿Cómo que no? ¡Ya verás si lo soy! ¡Lo primero que voy á hacer, es á echarme novia!... ¡y novia por todo lo alto! ¡De primera fuerza!

PEPA ¡Vamos, si no lo oyera!...

PAQ. ¡Y ya le tengo echado el ojo á una!... ¡es decir, á dos, porque la primera es rubia, pero también me gusta mucho una morena que es sobrina del profesor de moral!

PEPA Eso es lo que aprenden ustedes en el colegio, ¿eh? ¡Vaya una moral que!...

PAQ. Toma, ¡pues si no fuera más que eso!... Luisito dice que tiene unos polvos que echándolos en la comida de la mujer que uno quiere, ya no necesita más para tenerla segura del todo. Y enamorada... y... chiflada...

PEPA ¡Pero habrá pillos!

PAQ. Y me ha dicho que me dará unos pocos.

PEPA Sí, ¿eh? Pues ya haré yo que le sacudan á usted el polvo los señores.

PAQ. Y en cuanto me los den, voy á hacer la prueba contigo.

PEPA ¡Jesús! ¡Capaz será!

PAQ. Sin que tú lo veas te los echo un día en la sopa, y verás qué colorada que te pones... ¡y qué alegre!

PEPA Se guardará usted muy bien de... Pues buena estaría yo... con...

PAQ. ¡Ya lo creo! ¡Já, jà, já! Puede que encontraras aún tu media naranja, á pesar de ser tan vieja.

PEPA Vamos, vamos, los niños no entienden de esas cosas... y váyase usted á la cama, porque si vuelven los señores... (¡Habrá demonio!)

PAQ. Sí, mujer, no tengas cuidado; en cuanto se acabe ese baile.., ¡me acuesto en seguida!

PEPA ¡Señorito Paco!... (Amenazándole.)

PAQ. ¡Y poco que me voy á lucir allí!... Verás: echo una ojeada por el salón, y me dirijo como una flecha á la que me guste más.

Cojo un dulce de los que habrá en una bandeja, según me ha dicho Luisito, y ¡zás! se lo hago comer... despues de haberlo rociado con esos polvos, que llevará Luis en el bolsillo.

PEPA — Y ¡zás! Lo meten á usted y á su amiguito en la prevención, por haber querido envenenar á una joven.

PAQ. — Pero si no son veneno, mujer. Al contrario, lo que hacen es darte vida y...

PEPA — Bueno, pues váyase usted y ya me contará todo eso mañana por la mañana.

PAQ. — Espera. La pongo los ojos de carnero degollado y la suelto un... «¿Quiere usted bailar conmigo *remono-no-nonísima* de mi corazón?» Y suponte tú lo que ella me contestará

PEPA — Sí, que es usted un mocoso, y que se vaya usted á dormir inmediatamente.

PAQ. — La cojo por la cintura de mimbre. (Cogiendo á Pepa.)

PEPA — ¡Pero, niño!...

PAQ. — Y al compás de una alegre polka... (Baila con Pepa, dándole muchas vueltas.) Tarararirí... tararí... tararí.

PEPA — ¡Que me va usted á matar!

PAQ. — Tarararí... tarararí...

PEPA — (Deteniéndose de pronto.) ¡Ay! (Oyendo.)

PAQ. — ¿Qué pasa? ¿Han llamado?

PEPA — Sí, señor. (Le voy á meter miedo.) ¡Y son los señores que vuelven!

PAQ. — ¡Quiá! Puede que sea Luisito. Voy á mirar por el ventanillo.

PEPA — Quieto. Usted no necesita ver á nadie, y se va á meter en la cama inmediatamente.

PAQ. — ¡Eso es! Cuando he dado mi palabra de caballero de asistir á ese baile.

PEPA — Usted no es caballero; usted es un hijo de familia y nada más.

PAQ. — Pues, ¿qué? ¿Los caballeros no son hijos de familia?

PEPA — Bueno; pues, usted se va á dormir y no tiene que meterse en más.

PAQ. — (Escuchando.) ¡Calle! ¿Has oído?

PEPA — ¿El qué? (¿Si subirán de veras los señores?)

PAQ. Es él. (Yendo hacia el balcón.)

PEPA ¡Eh!

PAQ. Luisito que me ha silbado desde la calle para avisarme que baje.

PEPA ¿Sí, eh? Pues verá usted que jarro de agua le tiro yo á ese granuja.

PAQ. (Abriendo el balcón.) ¡Es él! ¿No te dige?

PEPA Que va usted á tomar una pulmonía. (Queriendo cerrar el balcón.)

PAQ. (¡Ah! ¡Qué idea!) Pues, deja que suba un momento Luis para que me vea así vestido.

PEPA Aquí no entra nadie.

PAQ. Pues, me escaparé.

PEPA No, señor.

PAQ. O me tiraré por el balcón.

PEPA ¡Por vida de!...

PAQ. Pues, deja que suba un momento.

PEPA ¿Promete usted acostarse en seguida?

PAQ. En cuanto se vaya.

PEPA ¿Palabra?

PAQ. Palabra de... hijo de familia.

PEPA Bueno; pues, voy á decir que suba, pero un momento.

PAQ. Espera. No es necesario que vayas. Tenemos una seña convenida. Verás. (Abre el balcón y silba tres veces.)

PEPA ¡Lo que aprenden en los colegios estos tunantes!

PAQ. (Por otro silbido que se oye.) Ya sube.

PEPA Pues, no se mueva usted de aquí mientras yo voy á abrirle.

PAQ. No me muevo. (Vase Pepa foro derecha.)

## ESCENA VI

PAQUITO, y después LUIS

Ha sido buena idea. Veremos si á Luis se le ocurre algún medio de que nos vayamos al baile sin que Pepa pueda impedirlo. Y se me figura que había otro en la calle con él. No sé quién será. ¡Ah! Encenderé el cigarro que él me dió esta mañana. Eso es; que me

encuentre fumando y vea si soy ó no soy hombre. (Tosiendo por el cigarro.) ¡Echem... echem! ¡Caracolitos y qué fuerte es esto! ¡Ah! Ya está ahí.

LUIS (Vestido con sombrero y levita, que se supone de otra persona mayor que él.) *¡Saperlipopet!* ¡Y qué genio tan malo tiene la vieja que ha salido á abrirme!

PAQ. ¡Já! ¡já! ¿Te ha dicho algo?

LUIS Pero, ¿es esa tu abuelita?

PAQ. ¡Anda! Pues si llega á ser mi abuelita, te tira por las escaleras abajo.

LUIS *¡Saperlipopet!* ¡Pues, vaya una familia que te gastas tú!

PAQ. No tengas cuidado. Mis abuelos han salido, y por eso te he hecho la señal para que subieras.

LUIS Me alegro. Porque si me habían de recibir tirándome por la escalera, francamente, no me acomodaba.

PAQ. ¡Bah! Pero, mírame, hombre, mírame.

LUIS ¡Te está la ropa pintiparada, pintiparada!

PAQ. ¿Pero, no te parece que me está el sombrero un poco grande?

LUIS ¡Ya lo creo! Y á mí también. Como que los dos son de mi papá.

PAQ. ¡Toma! ¡Pues, entonces ya lo comprendo! Tu papá ha de tener mucha más cabeza que nosotros.

LUIS ¡Y sobre todo, mucho más sombrero!

PAQ. ¡Claro!

LUIS Pero, eso no te importe. En el baile se lleva el sombrero en la mano.

PAQ. ¡Ah! Sí. Ya me lo han dicho á mí; se lleva debajo del brazo y aplastándolo mucho como si fuese un fuelle. (Hace lo que indica.)

LUIS Sí, hombre, pero no lo hagas... que se lo he de devolver á mi papá. *¡Saperlipopet!*

PAQ. Qué, hombre, si dándole por aquí se pone otra vez lo mismo que estaba.

LUIS Bueno. ¡Y estás fumando!

PAQ. ¡Ya lo creo! Y que no me molesta nada el tabaco... (Tosiendo.) ¡Ejem! ¡Ejem!...

LUIS Pues yo he encendido un puro ahí, en la

calle... y si no se lo doy pronto á don Toribio, me caigo redondo.

PAQ. ¿Qué don Toribio es ese?

LUIS ¡Ah! Es verdad que no te lo he dicho. Es uno que llevo yo al baile, por si acaso me encontrara allí con aquel tío bruto, el padre de la novia que yo tenía.

PAQ. ¿El que te pegó un puntapié, que te tuvo quince días en la cama?

LUIS No, señor... que no me pegó un puntapié. Que lo que él me hizo es pegarme una bofetá; y fueron las narices las que tuve un mes de este tamaño. (Indicándolas grandes.)

PAQ. ¡Pero si hoy llevas á ese don Toribio, no hay ninguno!...

LUIS ¡Como que don Toribio le puede á él! Es aquel que yo te contaba que fué escribiente de mi papá, y ha sido cómico y maestro de escuela y ama de cría...

PAQ. ¿Ama de cría?

LUIS Es decir, marido del ama que crió á un primo mío, hijo de mi tía.

PAQ. ¡Ah!... Pero, ¿y dónde lo has dejado?

LUIS Ahí, en la escalera. *¡Saperlipopet!* Pues, si la vieja que nos ha abierto la puerta, no me ha dejado entrar más que á mí.

PAQ. ¡Já! ¡já!

LUIS Y diciéndome que si no me iba pronto, me tiraba por el balcón.

PAQ. Pues, para eso te he hecho yo subir.

LUIS ¿Para que me tirara por el balcón? *¡Saperlipopet!*

PAQ. No, hombre; para que inventes alguna cosa, y podamos ir al baile sin que Pepa lo impida.

LUIS ¡Ah! ¿Pepa, es la vieja?

PAQ. Sí; que tiene un genio... ¡Echem... echem! (Tosiendo y tirando el cigarro en medio de la habitación.) ¡Maldito cigarro!

LUIS Se me ocurre un medio.

PAQ. ¿Cuál?

LUIS Que don Toribio distraiga á la vieja, mientras tú y yo nos vamos; y él viene después.

PAQ. ¿Pero, querrá?

LUIS ¡Ya lo creo! En ofreciéndole una copa de vino, es capaz él de cualquier cosa, y desde casa aquí ya le he convidado á cuatro copas, con que...

PAQ. Pero, ¿cómo se lo diremos, sin que Pepa?... (Voces dentro.)

LUIS Calla. Ahí vienen.

## ESCENA VII

DICHOS, PEPA y TORIBIO

PEPA (Muy sobresaltada y empujando á Toribio.) Pase usted, hombre, pase usted.

TOR. Está bien, señora, está bien.

PEPA ¡Jesús, María y José!

PAQ. Pero, ¿qué ocurre?

PEPA ¡Los señores, que están subiendo la escalera! ¡Los señores... y me van ustedes á perder!

PAQ. Vamos á escondernos.

PEPA A la cama es donde se va usted á ir inmediatamente, y estos otros tunantes á la calle en cuanto hayan entrado los señores.

TOR. (Que ha estado hablando bajo con Luis.) (¡Ya!) Oiga usted, señora... (Queriendo distraerla.)

PEPA Déjeme usted en paz... y vamos...

TOR. Pero, oiga usted. Sus señores de usted... sus... (Haciéndola señas.) señores de usted no serán tan desconsiderados ni tan obcecados que no comprendan las... ¿Usted me entiende?

PEPA ¿Pero quiere usted dejarme?

TOR. ¡Ay, ay! (Gritando.)

PEPA ¡Chist! Calle usted.

TOR. Mire usted, mire usted... (Indicándole el lado contrario por donde salen Paquito y Luis, que se van por el foro derecha.)

PEPA ¿Qué pasa?

TOR. ¿No vé usté nada?

PEPA No. (Volviéndose.) ¡Ah! ¡Se han ido los chicos!

TOR. ¿De veras? Se estará acostando. ¿Ha visto usted algo? El más joven.

PEPA ¡Como yo los coja!... ¡Uy! ¡Los señores! (Se

oyen voces de D. Francisco y Micaela.) Escóndase usted. (Muy rápido.)

TOR. ¿Por aquí? (Por la derecha.)

PEPA No; que le verá á usted la señora. Ese es su cuarto.

TOR. ¿Por aquí? (Por la izquierda.)

PEPA Tampoco, que... ¡Ah! Debajo de esa camilla.

TOR. ¡Si está el brasero! (Al ir á entrar.)

PEPA No importa. Vamos.

TOR. Es que me voy á quemar. (Se mete debajo de la camilla y Pepa llega á la puerta del foro á recibir á D. Francisco y Micaela. Todo el final de esta escena, muy rápido.)

PEPA Vamos... y cállese usted.

## ESCENA VIII

DON FRANCISCO, MICAELA Y PEPA. TORIBIO debajo de la camilla

PEPA (¡Estoy temblando!)

FRAN. (A Pepa.) ¿Hablaba usted con alguien?

PEPA No... no señor; me había dormido.

MIC. (Muy incomodada.) Bueno, bueno; déjanos y vete á acostar.

FRAN. Pero...

MIC. Que nos dejes he dicho.

FRAN. Bueno.

PEPA (¿Sospecharán algo?)

MIC. Vamos, ¿qué esperas?

PEPA Voy, señora, voy. (¿Y cómo saco yo á los otros? (Vase por el foro.)

## ESCENA IX

DON FRANCISCO y MICAELA, TORIBIO sigue estando debajo de la camilla

MIC. Pretendes cambiar de conversación y no lo consigues, porque no se me ha olvidado la revelación que acaba de hacerme la marquesa. (Muy agitada.)

FRAN. Pero, hija mía... esa señora debe haberme confundido.

MIC. No, señor; te conoció perfectamente cuando entramos, y tú también la reconociste en seguida.

FRAN. Porque no sabía de qué me iba á hablar.

MIC. ¡Ah! ¿Luego confiesas?

FRAN. No, señora; ni confieso ni comulgo con ruedas de molino. ¡Pues no faltaba más!

MIC. Bueno; tú díme quién era esa mujer que en Valencia hiciste pasar por tu esposa en ausencia mía.

FRAN. Te repito que esa es una invención de esa señora marquesa, y que no...

MIC. ¿De veras? Si la duración de aquel pleito ya me tenía á mí escamada. Pero nunca supuse que tus frecuentes viajes á Valencia tuvieran por causa semejante infamia.

FRAN. ¡Dale que dale!

MIC. ¿Y tú eres el que contínuamente te las echas de Catón, delante de nuestro pobre nieto! ¡Pobre criatura! Dios haga que no se parezca nunca á tí... nunca.

FRAN. Pero, hija de Dios... Después de treinta y tantos años que, según esa marquesa de mis pecados, debió pasar toda esa fábula, bien puede haberme confundido con otro.

MIC. ¡Quiá! Si ha dicho tu nombre y apellido; y tú no te has atrevido á desmentirla.

FRAN. Porque la educación no me ha permitido meterme en discusiones, que si no...

MIC. Porque la conciencia te lo impedía.

FRAN. Vaya; pues, sea lo que tú quieras, ea.

MIC. ¡Jesús, María! ¿Y tienes un hijo, por lo visto?

FRAN. Sí.

MIC. ¡Uf! ¿A cuyo hijo no conoces?

FRAN. No.

MIC ¿Que si vive, debe tener ahora treinta y dos ó treinta y tres años?

FRAN. Los que tú quieras. Eso es.

MIC. ¿Y que si se presenta á tí, tendrás que partir con él la herencia de nuestro pobre nieto?

FRAN. ¿Por qué habremos bajado á hacer esa visita?

MIC. ¡Qué infamia! Desde esta noche esas son sus habitaciones de usted. (Por la de la izquierda.) y estas otras las mías. (Por las de la derecha.)

FRAN. ¡Eso es! En edad estamos nosotros de andarnos con escrúpulos y divisiones de... plaza.

MIC. Y me divorciaré de usted.

FRAN. ¡Ay! ¡Qué marquesa de mis pecados!

MIC. Y mañana mismo saldré de esta casa acompañada de mi nieto.

FRAN. Bueno, sí; mañana haremos lo que quieras, pero ahora me voy á dormir.

MIC. ¡Mal marido! ¡Mal abuelo!

FRAN. ¡Dale, que dale, que dale!

MIC. ¡Tener un hijo por esos mundos de Dios... y no ser yo la madre!

FRAN. Vaya; buenas noches.

MIC. ¿Quién lo había de sospechar, después de tantos años!

FRAN. ¡Dale, que dale y que dale. (Entra primera izquierda.)

## ESCENA X

MICAELA y TORIBIO

MIC. Debe ser verdad todo lo que ha dicho la marquesa, porque éste no ha sabido qué contestar... y, sobre todo, porque, ¿qué interés puede tener la pobre señora en inventar una historia? ¡Y nosotros que pretendíamos nada menos que casar el chico con la hija de los marqueses! ¡Buena ha sido la conducta del abuelo, para que ellos accedieran! Cualquier cosa daría porque pareciera ese hijo que tiene perdido por el mundo; el heredero que ha de partir con mi nieto... (Se ve á Toribio sacar la cabeza por entre las cortinillas de la camilla, y con el gesto, indica estar oyendo y meditando una idea.) Veríamos si entonces se atrevía á negarlo. (Micaela indica tener frío, y se acerca una butaca á la camilla; se sienta y coge la badila para mover el fuego del brasero.) Porque él se ha pro-

puesto por lo visto... (Se levanta las faldas un poco para calentarse, al tiempo que levanta también las cortinillas de la camilla.) ser martir, antes que confesor. ¡Ah! Pero, yo quisiera encontrarme con ese hijo, y decirle de pronto... (Mira debajo de la camilla, y Toribio al ser descubierto, exelama.)

TOR. Servidor de usted.

MIC. (Dando un salto y un grito corriendo.) ¡Ay! ¡Socorro!... ¡Socorro!...

TOR. Pero, señora; si soy yo el... el hijo que quería usted encontrar.

MIC. (Huyendo.) ¡Favor!... ¡Socorro!... (Vase gritando por la segunda puerta de la derecha.)

TOR. ¡Demonio! Yo creí que... como decía que deseaba tanto encontrarse con el hijo.. y yo pudiera serlo perfectamente... Pero creo que lo mejor será irme á buscar á Luisito y el otro, puesto que no tengo gana de volver á la vecindad del brasero.

MIC. (Gritando dentro.) ¡Favor! ¡Socorro!

TOR. Sigue gritando. Escurramos el bulto. (Vase por el foro.)

## ESCENA XI

DON FRANCISCO, á medio vestir, que sale por la primera izquierda, después MICAELA, por la primera derecha.

FRAN. ¿Qué pasa aquí?

MIC. (Dentro.) ¡Socorro!

FRAN. ¿Eh? ¡Es Micaela! (Dirigiéndose al cuarto en que entró esta.) Micaela... Micaela...

MIC. (Saliendo.) ¡Ah! ¿Le has visto?

FRAN. ¿A quién?

MIC. A él... á ese hombre...

FRAN. ¿Qué hombre?

MIC. A tu hijo.

FRAN. ¿A mi hijo? ¡Estás delirando!

MIC. No, señor; le he visto muy bien. Ahí, ahí está... debajo de la camilla.

FRAN. Vamos, tú deliras.

MIC. ¿Que deliro, eh? Mira, mira. (Mirando debajo de la camilla.) ¡No está! Le has hecho salir de aquí.

FRAN. ¿Pero á quién, demonio, á quién?
MIC. A tu hijo.
FRAN. Pero, hija de Dios, ¿crees tú que yo iba á tener un hijo dentro del brasero?
MIC. Es inútil que finjas. He visto á ese hombre con mis propios ojos.
FRAN. Vaya, vaya; lo que has de hacer es acostarte y descansar.
MIC. ¡Ah! Mira... (Por la colilla de puro que tiró Paquito.)
FRAN. ¿Qué pasa?
MIC. Un cigarro puro; y tú no fumas puro.
FRAN. ¡Demonio! Es verdad.
MIC. Niégame ahora que has encerrado aquí á tu hijo.
FRAN. Hombre... por la colilla de un cigarro no es fácil reconocerle. ¡Y qué mal huele mi hijo! Digo... el cigarro...
MIC. Aquí ha entrado un hombre.
FRAN. ¡Diablo!
MIC. Y yo le he visto.
FRAN. No grites, por Dios.
MIC. Y Dios sabe lo que habrá hecho á nuestro nieto.
FRAN. ¡Chist! No grites... y despertemos á Pepa. (Ruido de cerradura dentro.)
MIC. ¡Ah! ¡Han abierto la puerta de la escalera!
FRAN. Es verdad.
MIC. Tu hijo que se escapa.
FRAN. ¡Dale con el hijo! Calla, por Dios, y veamos.
MIC. Y todo por tu infame conducta.
FRAN. ¡Ah! Es Pepa. (Entra Pepa por el foro derecha.)
MIC. Pepa... ¿qué pasa? Cuéntalo todo, todo.

## ESCENA XII

DICHOS, PEPA

PEPA Señora... ¿lo saben ustedes, eh? Pues bien; yo no he podido evitarlo por más que hice.
FRAN. ¿Eh?
MIC. Habla, cuéntalo todo.
PEPA Yo procuré que se acostara; pero se escondieron detrás de la puerta, en cuanto uste-

des entraron; salieron, y por más que he corrido detras de ellos...

FRAN. Pero, ¿quién?

MIC. Tu hijo, hombre.

FRAN. Déjala hablar.

PEPA Sí, señor, sí; el chico, que se empeñó en salir, y por más que hice...

MIC. ¿Lo ves? Niégalo ahora.

FRAN. Pero, ¿nos hemos vuelto locos todos? Hable usted. (A Pepa.)

MIC. Si está claro. El hijo que tú escondías en casa, teniendo por cómplice á esta infame.

FRAN. ¡Dale!

PEPA Señora: yo he hecho lo posible porque ustedes lo ignorasen, y por...

MIC. Pero no te ha valido, porque le he visto yo debajo de esa camilla.

PEPA ¡Ah! ¿Al otro?

FRAN. ¡Cómo!... ¡El otro!

MIC. ¿Son dos... dos hijos?

FRAN. Pero, ¿qué lío es este?

PEPA (Suena dentro la campanilla.) Han llamado.

MIC. Él, sin duda. Niégalo ahora, niégalo.

FRAN. Pero, ¿quién?

PEPA Voy á abrir.

FRAN. Alto. Voy, yo; y veremos qué enredo es este.

MIC. Pero... abuelito...

FRAN. Déjame. (Vase por el foro.)

PEPA Si es el señorito, que volverá á acostarse; seguro.

MIC. Pero, ¿vive aquí? ¿Y no me habías dicho nada?

PEPA Pero, señora, si yo no he sabido que se escapaba hasta esta noche.

MIC. ¿Eh? ¿Que se escapaba?

## ESCENA XIII

DICHAS, PAQUITO y DON FRANCISCO, que salen por el foro derecha

FRAN. Entre usted acá, perillán. (Cogiéndole de una oreja.)

PAQ. (Quejándose) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡ay!

PEPA (A Micaela.) ¿Lo ve usted?
MIC. (Sin conocerle.) Pero, ¿quién es?
FRAN. Quieto aquí.
PAQ. Que me hace usted daño, abuelito.
MIC. ¡Cómo!... ¿Es el chico? ¡Mi nieto! ¡Dios mío!
FRAN. ¡Y vestido de hombre, el muy trasto!
PAQ. Como que es el traje que me corresponde y que pienso llevar desde hoy.
FRAN. (Furioso.) ¿Eh?... ¿Qué tono es ese? ¿Qué manera de?...
MIC. ¡Jesús! ¡Jesús! Pero, ¿qué ha sido esto? ¿Estás herido, ó enfermo, ó?...
PAQ. ¡Anda! ¡Quiá! Lo que yo vengo es más bailao, y más meneao... y... más enamorao que... ¡*Saperlipopet*, qué caras ponen ustedes!
MIC. (Pasmada.) ¡Jesús!
PEPA (Idem.) ¡Señor!
FRAN. ¡Está bebido!
PAQ. ¡Quiá! Como si á mí me hicieran efecto las... veinte ó treinta copas que me he echado al coleto.
MIC. ¡Jesús, Jesús!
FRAN. Yo lo mato.
PAQ. Lo que me ha mareado á mí es la... sandunga y la gracia... y... sobre todo, los ojos de la que bailaba conmigo.
FRAN. Vamos; yo lo... (Amenazándole.)
MIC. (Conteniéndole.) Por Dios...
PAQ. Porque me he echado novia, y de campanillas. Como que, según parece, es hija de una... bailaora de flamenco. (Imitando el baile.)
MIC. ¡Jesús!
FRAN. (Amenazándole.) Déjame, déjame.
PAQ. Y parienta cercana de aquella Luisa que conoció usted en Valencia... (según don Toribio.)
FRAN. (¡Me ha partido!)
MIC. (¡Si tendrá talento este chico!)
PAQ. Por supuesto, que usted no hizo más que conocerla... de vista, porque usted ha sido siempre muy formal, y muy moral, y muy...
FRAN. ¡Ea! ¡Esto es demasiado! Llévale á su cuarto inmediatamente, que se mude de ropa. Y tú (A Pepa.) baja por un coche en seguida.

MIC. ¿Para qué?

FRAN. Para que duerma esta misma noche en el colegio, donde ha de pasarse cinco años interno y sin una sola salida. (Muy enérgico.)

MIC. Pero considera...

FRAN. Nada.

PAQ. Pero, abuelito...

FRAN. Quite usted de ahí ó lo... (Amenazándole.)

MIC. ¡Jesús! Ven, hijo, ven. ¡Qué fiera! (Llevándoselo á su cuarto.)

PAQ. Pero, abuelito...

FRAN. Ni una palabra.

MIC. Ven á tu cuarto; ven, hijo. (Salen segunda derecha.)

## ESCENA XIV

DON FRANCISCO. Después MICAELA

FRAN. ¡Si será tonta! Ya, por el chico, no se acuerda ni de lo que le han contado de mí... que mañana mismo he de rogar á la marquesa desmienta, en beneficio de mi tranquilidad y autoridad, porque el chico ya me ha soltado una indirecta.

MIC. (Saliendo.) ¿Ha ido esa por el coche?

FRAN. Supongo que habrá obedecido la orden que le he dado.

MIC. Entonces, cuando venga, si tú no te opusieras, podría yo ir un momento con el chico... á...

FRAN. ¿Al colegio? Yo le llevaré.

MIC. No, hombre... ¡al colegio á estas horas! Eso... otro día.

FRAN. Entonces, ¿á dónde?

MIC. A... á que estuviera un ratito más en ese baile donde estuvo y se vino pronto por no disgustarnos.

FRAN. ¡Jesús! Pero ¿habrá abuela como tú?

MIC. Todas.

FRAN. Pues yo tendré caracter por los dos, y digo que ni cedo ni cederé, ni...

MIC. Ni volverás á ver bueno y contento á tu nieto, puesto que está ahí con un ataque de nervios espantoso, diciendo: «¡El baile! Que me lleven al baile.»

FRAN. Mejor.

MIC. ¡Jesús! Accederé á que viva tu hijo en casa si tú...

FRAN. ¿Qué hijo ni que ocho cuartos?

MIC. El que se escondió debajo de la mesa.

FRAN. Déjame en paz.

MIC. (Me ha dicho Paquito que era uno de los amigos que vinieron por él.) Te perdonaré, si accedes, hasta... la historia esa de Valencia.

FRAN. No tengo nada de qué acusarme.

MIC. Y todo lo que hubieras hecho en ignorancia mía... y lo... que quieras todavía hacer...

FRAN. ¡Dale! No, y no.

MIC. ¡Jesús! (Oyendo el ruido que hace Paquito en el cuarto, figurando que le dá otrá vez el ataque.)

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, PEPA por el foro y luego MICAELA y PAQUITO

PEPA (Saliendo.) Ahí está el coche.

MIC. Que se vaya; ya no se necesita.

FRAN. No señor; que se espere.

MIC. ¿Y vas á ser capaz de mandarlo al colegio en ese estado?

FRAN. No soy tan... bruto como todo eso... ni eres tú sola la que quiere al chico.

MIC. ¡Ya se conoce, ya!

FRAN. Trae la capa y el sombrero... ¡Pero una vuelta nada más! Una vuelta y á casa en seguida.

MIC. (¡Oh!) Paquito... Paquito... (Vase al cuarto de Paquito y salen los dos al poco tiempo por la segunda derecha.)

FRAN. ¡Por vida del dos de bastos! Y si se empeña el chico en que baile yo, voy á tener que bailar por esa... tonta!

MIC. (Saliendo.) Ven, sal aquí, y dale un beso á tu abuelo y pídele perdón.

FRAN. ¡Oh! Eso no; nunca lo perdonaré.

PAQ. ¿Y voy á pedirle perdón porque me lleva al colegio?

MIC. ¡No, hijo, si donde te llevamos es á ese baile!

PAQ. ¿De veras? ¡Vivan los abuelos!

FRAN. ¡Habrá tunante!

MIC. Y todo... ¡gracias á mí!

FRAN. ¡Eso no! Gracias á mí, que cedo á pesar de mi carácter.

MIC. Bueno; ponte la capa y el sombrero, que puesto que ha de ir, mejor es que vaya con nosotros que solo.

FRAN. ¡En mis tiempos no iba yo á bailes á su edad!

PAQ. ¡Pero puede que hiciera usted cosas peores!

FRAN. ¿Sí, eh?...

MIC. (¡Qué listo es!)

FRAN. Pues sólo por esa desvergüenza y esa bachillería... merecías quedarte sin ir á ese baile.

PAQ. ¡Mecachis! ¡A que todavía no vamos!...

MIC. ¡Pero, Francisco!...

PAQ. Lo que yo debía haber hecho es quedarme allí hasta las tres ó las cuatro de la mañana, como hacen todos.

MIC. ¡No hagas eso nunca yendo solo, hijo mío! ¿Tú lo oyes?... (A Francisco.)

FRAN. He dicho que merecía que le diéramos ese castigo, pero por no oiros... soy capaz de... Anda, ponte la mantilla y vamos los tres de juelga, como dicen ahora.

PAQ. ¡Qué gusto! Verá usted, abuelo, verá usted qué chicas tan guapas encontramos allí.

FRAN. ¡Me alegro! ¡Porque todavía estoy en disposición de... dar mucha guerra en ese baile!

PAQ. ¡Já, já!

FRAN. Y si no, que lo diga tu abuela...

MIC. Vamos, vamos... y déjate de... tonterías. (Poniéndose la mantilla.)

PAQ. ¡Que vivan los abuelos!

FRAN. ¿Pero nos vamos á ir sin decirles á estos señores si quieren acompañarnos?

PAQ. ¡Es verdad!...!

MIC. Eso el chico... Hazlo tú, hijo mío, hazlo tú.

PAQ. (Al público.)

Si ustedes quieren venir,
y nos quieren ver bailar,
les ruego que al concluir
no dejen de perdonar,
si nos dejan de aplaudir.

TELON

# PUNTOS DE VENTA

## MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; d *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio Sa Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, ca lle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infan tas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de l Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 1

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administracion.

---

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directa mente á esta casa editorial, acompañando su importe en sello de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.